

A veces vale la pena que nos recomienden algo que leer, o no leer, (sobre todo si quien lo hace es una bibliotecaria que “si sabe” de literatura) porque siempre habrán **SOME BOOKS...** que no conocemos.



HISTORIA DE ZAPATEROS, ZAPATOS Y RETORNOS (por Evelín Pérez)

Hace mucho tiempo que la frase “Zapatero a tus zapatos” no constituye sino el principio de una política casi de censura en el ámbito creador. La multi disciplinariedad de las artes son cada vez más el pan de cada día; gracias a lo cual contamos con la música y los videos de X Alfonso, la literatura y la plástica de Leonora Carrington, el histrionismo y las historias infantiles de Madonna o los cuentos y La Caja de la china de Lien Carrazana Lau. Eso, por no hablar de tantos otros casos donde se mezclan disciplinas culinarias, botánicas o de cualquier campo. Por suerte estos “zapateros”, han sabido ver un poco más allá de sus zapatos y no creo que esté demasiado lejano el día en que, si un zapatero se limita sólo a los suyos, aquellos no sean considerados de buena calidad. O en el mejor de los casos, pase de ser apreciado su talento como hacedor de sus solos zapatos. Y así fue Carlos Enríquez, también un creador de múltiples posibilidades. Pintando en el lienzo y escribiendo en el papel con la misma transparencia e intensidad de colores. Haciendo suyos los zapatos de los escritores y de los artistas plásticos. De-construyendo y re-construyendo una realidad-otra desde la palabra y los trazos de pincel.

Está claro que la novela “La vuelta de Chencho” es una novela “guajira”. Sin querer decir con esto que es una novela “de” los guajiros. Es decir: de guajiros es. Los personajes son guajiros, hablan como guajiros, dicen “darse de cuenta”, por ejemplo. Omiten letras al pronunciar y tienen esa



Carlos Enríquez
El rapto de las mulatas
(1938)

especie de “inocencia” pícara de todos los guajiros. Lo interesante, en este caso, es la parte del imaginario. Muy alejado, a mi juicio del costumbrismo tradicional, aunque tenga algunos puntos en común con él. De cualquier modo es importante, para establecer las diferencias entre aquel y esta novela, fijarse con cuidado en el lugar en que ha puesto la cámara Carlos Enríquez para filmar su historia. Dónde está enfocado el ojo que nos lo cuenta todo.

Para empezar está el personaje de Chencho. Un tipo que, por cuestionar, termina cuestionando su propia existencia. Y no precisamente desde el punto de vista de su sentido o sin sentido, sino de ella misma como realidad. La novela empieza con Chencho pensando que ha muerto. Pero no sólo que ha muerto, sino que además ni siquiera su cuerpo ha quedado para dar fe de su paso por la vida. Se ha vuelto inmaterial. Invisible. Incorpóreo. Esta idea no es gratuita: tiene que ver con la indiferencia que siente hacia sí mismo por parte de los demás. Indiferencia que Chencho se ha

encargado de fomentar con su modo de ser medio huraño y evasivo. Lo curioso es que Chencho tampoco se siente parte de su entorno. Fuga de él. De algún modo lo niega. Su única atadura resulta ser una especie de amor casi incestuoso hacia su hijastra Socorrito. Y es curioso que esta muchacha, la cual enciende las pasiones más bajas de otro personaje importante en la novela: Inocencio, se llame justo así. Como si ya desde la alusión al nombre, se aludiera también al papel de salvadora o socorredora dentro de la trama. Le toca a ella ser una especie hilo-sostén con lo vital dentro de la grisura y el ahogo que se respiran en el caserío El Sapito.

Es con estos ingredientes que se va hilvanando una historia donde el espejo, por ejemplo, acaba siendo una especie de personaje más que es capaz de vaticinar, revelar o asustar. A través de su superficie azogada se establecen pactos, se comunican secretos o se conversa con el más allá (o viceversa). Es pues, un integrante imprescindible de lo real maravilloso en esta historia que, por demás, tiene bastante de la mística de los “aparecidos” que pulula por los campos cubanos.

Vale señalar también lo que de bueno tiene, en este, y en muchos otros casos, la multi disciplinariedad. La intervención del color es algo constante en el texto. De cabo a rabo. Lo mismo para definir los síntomas que ponen la primera nota de duda existencial en el imaginario de Chencho:

“Es verdad que contemplando su demacrado reflejo azuloso, se creería una “manifestación del más allá”, pero quizás sólo fuera el efecto de la desintegración gradual por la humedad (...)”

Que para resaltar la fresca adolescente de Socorrito:

“Socorrito había amanecido rosa en su desnudez mañanera, porque sueño despertaba primaveras en su carne floral.”

Que para describir determinado estado mental en el caso de Inocencio, el viejo lascivo que pretende “comprar” a Socorrito por medio de su menguada fortuna: una casa medio derruida en medio de los bohíos circundantes, lo cual logra acentuar aún más, si es posible, la pobreza de El sapito:

(...) “— dijo interrumpiéndose nervioso, pues la luz verdirroja de la duda le acababa de iluminar el cerebro”

Siempre está presente el color en cada momento dramáticamente importante de la novela. Detrás de la pluma del escritor, se asoma y nos hace guiños el pintor consagrado. Incluso las situaciones se solapan entre sí a manera de transparencias superpuestas, tal y como son una sucesión de transparencias los cuadros de Carlos Enríquez. Hay movimiento constante, fuga constante, falta de bordes constante. Adentrémonos, pues, en esta diversidad de caminos posibles, sin buscar el final. El autor, de antemano, borró todas pistas. Lo cual se agradece, claro que sí.

